

# ¡Viva el toro!

Written by Lisa Ray Turner  
and Blaine Ray





Written by Lisa Ray Turner and Blaine Ray  
Contributions by Michael Coxon  
Illustrations by Laia Amela Albarran

Published by:  
TPRS Books  
9830 S. 51st Street B114  
Phoenix, AZ 85044  
Phone: (888) 373 1920  
Fax: (888) 729 8777  
[www.tprsbooks.com](http://www.tprsbooks.com)  
[info@tprsbooks.com](mailto:info@tprsbooks.com)

Copyright © 2017 by TPRS Books. All rights reserved. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording or by any information storage or retrieval system, without permission in writing from TPRS Books. Printed in the U.S.A. on acid free paper with soy-based ink.

**ISBN: 978-1-60372-188-2**  
**ISBN: 1-60372-188-6**

# Índice

<b>Capítulo 1</b>	Impresiones de Sevilla.....	1
<b>Capítulo 2</b>	Una escuela nueva .....	14
<b>Capítulo 3</b>	La invitación .....	20
<b>Capítulo 4</b>	Un evento grave .....	27
<b>Capítulo 5</b>	El mejor matador del mundo.....	36
<b>Capítulo 6</b>	Las distracciones de Sevilla.....	41
<b>Capítulo 7</b>	Una situación complicada.....	47
<b>Capítulo 8</b>	No lo podía creer .....	54
<b>Glosario</b>	.....	G1



# CAPÍTULO 1

## Impresiones de Sevilla

Cristina estaba en el aeropuerto. Miró alrededor. No lo podía creer. Estaba en España. Estaba en la tierra del flamenco y de los toros, Picasso, Cervantes y Hemingway. Estaba muy emocionada de estar en España. Iba a vivir en Sevilla por unos seis meses. Todo era muy emocionante.

Cristina salió del avión en el aeropuerto de Sevilla. Había tanta gente. Era como el aeropuerto de Los Angeles. Gente por todas partes, gente de varias razas. La mayoría de la gente en el aeropuerto de Sevilla tenía el pelo negro y ojos castaños o negros. La mayoría llevaba ropa de colores brillantes. Cristina vio a algunos americanos que estaban en el avión con ella. Le parecía que ellos no sabían adónde ir. Tenían cara de turistas. Cristina parecía impaciente, miraba su reloj y veía por todos lados. ¿Dónde estaría su familia nueva? La familia de Marco iba a estar allí en el aeropuerto cuando ella llegara. Cristina los buscó pero no los vio. No sabía qué apariencia tenían ellos.

Cristina sabía que había un padre y una madre en la familia y además había tres niños. Los niños se llamaban Carmen, Laurita y Pedro. Carmen tenía diecisiete años como Cristina. Laurita tenía catorce y Pedro tenía ocho años. Era una familia normal de Sevilla, como la familia de Cristina en California. No eran ricos ni pobres. No eran famosos. El padre era cartero. La madre se quedaba en casa con los hijos. Carmen iba a una escuela secundaria. Pedro y Laurita iban a una escuela para alumnos menores. Cristina vio a un hombre y a una mujer con dos chicas y un chico. ¿Era la familia de Marco? Una de las chicas tenía un letrero en la mano con el nombre CRISTINA.

Cristina se acercó a la chica y le dijo:

—¿Uds. son la familia de Marco?

La chica sonrió y le dijo:

—Sí. Tú debes ser la chica de los Estados Unidos.

—Sí —le dijo Cristina—. Soy de los Estados Unidos.

—Soy Carmen —le dijo la chica con una sonrisa grande.

Era muy bonita. Tenía el pelo largo color castaño con ojos castaños también.

—Estos son mis padres, Miguel y Rosa de Marco.

Los de Marco le dieron un beso en cada mejilla a Cristina y le dijeron:

—Bienvenida a España, la tierra del sol, de la música y de la hermosura.



—Estamos muy felices de tenerte aquí con nosotros —le dijo la Sra. de Marco—. Sabemos que te va a gustar aquí. Es muy bello.

La otra chica sonrió y le dijo:

—Soy Laurita.

Laurita era menor que Carmen. Las dos chicas eran muy parecidas. Tenían el pelo largo y castaño con ojos castaños.

El chico estaba emocionado. Saltaba y le preguntó:

—¿Tú vienes de América?

El chico era muy gracioso. Tenía el pelo y los ojos negros. Llevaba jeans con una camisa roja.

—Sí, soy Cristina y soy de América.

—Tú eres muy bonita —le dijo el chico.

—Gracias —le dijo Cristina.

—Me llamo Pedro.

—Es mi hermanito. Sabes que los hermanitos son un poco tontos.

Cristina sonrió. Sabía como eran los hermanos. Tenía un hermanito también en California pero no era tan pequeño como Pedro.

—Vamos por tus maletas y después a la casa —le dijo el Sr. de Marco—. ¿Estás cansada?

—Sí —le dijo Cristina—, muy cansada. Estuve en el avión por mucho tiempo.

—¿Cuántas horas? —le preguntó.

—Once horas —le respondió.

—Es mucho —le dijo Pedro—. California está muy lejos de España, bastante lejos.

Todavía Cristina no extrañaba California. Pensaba que no lo iba a extrañar mucho. Esta era la segunda vez que estaba lejos de su casa. La otra vez fue cuando ella fue a México. A Cristina le gustaba viajar. Le gustaba conocer lugares nuevos. Le gustaba estar en España aunque no sabía hablar español muy bien.

—Vamos a casa —le dijo la señora de Marco—. Casi es hora de cenar.

“¿Cenar?” se preguntó Cristina y miró su reloj.





Pensó:

“Comen tarde aquí en España.”

Al ir a la casa, Cristina miraba las calles estrechas y curvadas. La mayoría de los autos eran más pequeños que los de los Estados Unidos.

Sevilla era una ciudad vieja. Había muchas iglesias viejas y edificios antiguos. Pasaron por la Torre de Oro, que fue construida en el siglo 13. Pasaron por palacios antiguos con jardines elegantes que tenían flores rosadas y blancas. Pasaron por plazas con estatuas y fuentes hermosas. Pasaron por tiendas pequeñas. Había mucha gente en las calles.

—A la gente española le encanta pasear por la ciudad y hablar con amigos —le dijo la señora de Marco a Cristina.

—¡Qué bueno! Me gusta —le contestó Cristina.

Pasaron por un río grande y hermoso.

—El río se llama Guadalquivir —le dijo la señora—. Cristóbal Colón salió para América desde este río.

Después, pasaron por la iglesia más grande que Cristina había visto en la vida.

—Es la catedral de Sevilla y la torre de la Giralda —le dijo el Sr. de Marco—. Es muy famosa. La única catedral más grande en Europa que la de Sevilla es la catedral de San Pedro en Roma.

—Es muy impresionante —le dijo Cristina.

—Además, Cristóbal Colón está enterrado allí. Algunas personas creen que el cuerpo de Colón está en la República Dominicana pero nosotros los españoles no creemos eso. Al entrar en la catedral vas a ver la tumba de Colón.

Cristina había visto fotos de la catedral pero al verla, parecía más grande e impresionante.

Después pasaron por un edificio grande y redondo. Era blanco y dorado. Era muy hermoso. Parecía un estadio de fútbol.

—¿Es el estadio de fútbol? —preguntó Cristina.

Cristina no pensaba que jugaban al fútbol americano en España. El fútbol americano es muy popular en los Estados Unidos. Casi todas las ciudades grandes en los Estados Unidos tienen un equipo de fútbol americano. Pero aquí no lo conocen bien. Aquí juegan al fútbol pero se juega al fútbol con los pies, lo que se llama soccer en Norteamérica. El fútbol de aquí es el deporte más popular del mundo. Realmente el fútbol que se juega con los pies también es el deporte más popular de Europa. También es el deporte favorito de los españoles.

La señora de Marco rió y dijo:

—No, no es un estadio de fútbol.

—¿Qué es? —le preguntó Cristina.

—Es la plaza de toros de la Maestranza.

“¿Plaza de toros?” pensó Cristina. Cristina pensaba que era un lugar donde vivían los toros y las vacas.

—Es donde hay corridas de toros. España es muy famosa por las corridas. La plaza de toros de la Maestranza es muy famosa también. A nosotros nos encantan las corridas de toros.

Cristina se sintió un poco enferma. A ella le pareció terrible pelear contra un toro. No le gustaba la idea de matar un toro como deporte. Le gustaban los animales. No comía carne. Cristina tenía un perro y dos gatos en casa. A veces quería más a sus mascotas que a sus hermanos.

—La plaza de toros de la Maestranza es un edificio muy antiguo. Fue construida en el siglo 18 —siguió la señora.

—Es muy vieja —dijo Cristina sin emoción.

La idea de matar toros le daba tristeza. A Cristina no le gustaba el fútbol americano pero era mejor que matar un animal por diversión.

—¿Has visto una corrida de toros? —le preguntó Carmen.

—No —dijo Cristina—, no tenemos corridas en los Estados Unidos.

Cristina quería decirles que nunca quería ver una corrida pero no dijo nada porque no quería ofender a nadie.

—Las corridas son muy emocionantes —le dijo Carmen—. Los matadores son buenísimos.

—Son fenomenales —les dijo Pedro—. Quiero ser matador en el futuro.

La Sra. de Marco rió y les dijo:

—La semana pasada Pedro quería ser actor de cine. Ahora quiere ser matador. Así son los niños.

—Me encantan los matadores —les dijo Carmen—. Son más guapos que Enrique Iglesias.

—Carmen quiere besar a Enrique Iglesias —dijo Pedro.

—Los hermanitos son tontos —dijo Carmen.

Después de un rato llegaron a la casa.

—¡Estamos aquí! —gritó Laurita.

Cristina miró la casa de su familia nueva. Era una casa blanca con un poco de amarillo y rojo. No era grande ni pequeña. Había flores moradas afuera. También había muchos árboles grandes. Cristina y su familia entraron en la casa. El Sr. de Marco entró en la casa con las maletas de Cristina.

—Estas maletas son muy grandes y pesadas para una chica, ¿verdad? —le preguntó el Sr. de Marco.

Cristina rió porque ella llevó las maletas desde California hasta España.

El Sr. de Marco llevó las maletas de Cristina al cuarto destinado para ella. Era un dormitorio pequeño con paredes azules y una cama con una cobija azul. Había una cruz arriba de la cama en la pared. En la otra pared había un dibujo de Jesucristo y una foto de un barco.

—Mi casa es tu casa —le dijo la Sra. de Marco.



—Tú tienes tu propio dormitorio y yo tengo mi propio dormitorio también. Ven a verlo —le dijo Pedro.

—Ven a ver la casa —le dijo la Sra. de Marco.

Cristina fue con ellos para ver la casa. Era una casa bonita con colores brillantes: azul, rojo, amarillo y rosa. Había dibujos de santos y la virgen por todas partes. Cristina vio que había unas cruces también. Era obvio que la familia de Marco era católica como la mayoría de las familias de España. La iglesia era muy importante para ellos.

En medio de la casa había un patio grande. El patio era hermoso. En el patio había muchas flores de colores diferentes.

—Es muy bonito aquí —les dijo Cristina—. En mi país los patios siempre están detrás de las casas, no en medio como los de aquí.

—En España construimos las casas alrededor del patio —le dijo la Sra. de Marco—. Nos encantan los patios. Siempre queremos ver quién tiene el patio más bonito.

—Siempre hace sol aquí en España —le dijo la señora—. Por eso nos gusta pasar mucho tiempo afuera. Nos gusta cultivar diferentes árboles también.

La señora señaló unos árboles pequeños:

—Estos árboles son naranjos. Nos gustan las naranjas. También tenemos limones.

—Me imagino que son buenos aquí. Parece que son mejores que los que compran en las tiendas —le dijo Cristina.

—Sí, es cierto —le dijo la señora—. Nunca compro fruta en las tiendas.

Cristina rió. Le gustaba la Sra. de Marco. Era muy simpática. Era como su mamá en casa. Era gordita con el pelo castaño y corto. Tenía ojos castaños. En la mano tenía un anillo grande de oro.

—Cristina, descansa antes de cenar. Vamos a comer gazpacho y rabo de toro.

—De acuerdo pero ¿qué es rabo de toro? —le preguntó Cristina.

—Es la cola de un toro —le dijo la señora.

A Cristina le parecía un poco extraño comer la cola de un toro. ¡Qué terrible!

Cristina fue a su dormitorio para descansar porque estaba cansada. Se acostó. Era de noche pero todavía hacía calor. Hace mucho calor en esta parte de España. Todos los españoles saben que no hace calor en el norte. Hace fresco todo el año. El clima del norte es muy similar al clima de unas ciudades en la costa de California. Debido al calor Cristina no necesitaba su cobija. Todo en España era nuevo, diferente y emocionante: la casa, su familia, la ciudad.



Cristina pensaba en la cena. Pensaba en la cola del toro. Tenía miedo de comer. No quería comer la cola de un toro. Le parecía bien la sopa fría, gazpacho, pero ¿rabo de toro? ¡Qué asco! Cristina nunca supo si el rabo de toro estaba bueno o no, porque se durmió y no se despertó ni siquiera para cenar. No se despertó por mucho tiempo. Durmió por doce horas.